

## Y CON TU ESPÍRITU. LA PALABRA ECLESIAL ABRE EL ESPACIO SACRAMENTAL

BERT DAELEMANS SJ

### 1. INTRODUCCIÓN. JUNTOS ABRIMOS EL ESPACIO

Hace algunos años, como respuesta al saludo presbiteral *Dominus vobiscum* («El Señor con vosotros»), la traducción inglesa del Misal Romano abandonó el coloquial *And also with you* («E igualmente contigo») a favor de una versión más cercana al latín: *And with your Spirit* («Y con tu Espíritu»). Aunque nos movemos en otro ámbito lingüístico, aquella corrección aparentemente mínima destapó un rico trasfondo teológico que seguimos sin conocer y sin poner en práctica en nuestras celebraciones.

El teólogo argentino Pablo María Pagano Fernández ha señalado la importancia de aquella respuesta que decimos las más de las veces de modo automático y rutinario, sin pensarla siquiera. Resulta hasta cómica alguna respuesta ocasional a título individual «Y con tu Espíritu» en lecturas bíblicas o en plegarias que inducen a tal automatismo. Más grave sería el caso en que la asamblea decidiera no responder al saludo ministerial, por pereza o distracción: «¿Podría el sacerdote proclamar el evangelio; pronunciar “en nombre de todos” la plegaria eucarística; profesar el prefacio?; ¿podría siquiera iniciar la celebración u orar en la forma del “nosotros”?»<sup>1</sup>. Sin respuesta del pueblo, algo está literalmente «fuera de lugar».

En lugar de ser un mero «trámite» trivial y pasajero, el diálogo invitatorio vuelve una y otra vez a lo largo de una celebración eucarística, con variantes en el saludo inicial, antes de la proclamación del Evangelio, al abrir la plegaria

<sup>1</sup> Pablo María Pagano Fernández. *Espíritu Santo, Epiclesis, Iglesia. Aportes a la ecle-siología eucarística* (Koinonia 32). Salamanca: Secretariado Trinitario, 1998, 268.

eucarística, en el saludo de la paz y antes de la bendición final. Este «proceso respiratorio» (Pagano) o recordatorio reiterado nos permite volver a lo esencial cuando nos distraemos, como admite con afectuoso realismo San Cirilo, obispo de Jerusalén (313-386): «Ciertamente, en todo tiempo debemos estar pensando en Dios; pero si esto nos resulta imposible a causa de la debilidad humana, esforcémonos por lo menos en estos momentos por mantener nuestra atención»<sup>2</sup>.

En esta contribución, quisiera visitar aquella palabra a primera vista banal en la que se juega tanto nuestra identidad de Iglesia sacramental como nuestra imagen de Dios. Desde el sentido que tuvo esta respuesta litúrgica en la historia, propondremos aquí un posible sentido teológico para hoy, algo que se va haciendo desde los inicios de la reflexión teológica – pensemos en el asombroso tratado sobre el Espíritu Santo que San Basilio Magno (330-379) desarrolla a partir de una «mera» preposición<sup>3</sup>–.

## 2. DIEZ CARACTERÍSTICAS DE LA PALABRA ECLESIAL *ET CUM SPIRITU TUO*

Para desvelar su densidad teológica, resaltemos aquí diez características de la palabra eclesial «Y con tu Espíritu»: es responsorial, dialogal, pneumatológica, carismática, sacerdotal, epiclética, comunitaria, mistagógica, trinitaria y escatológica.

### 2.1. El carácter responsorial

Lo primero a subrayar es que la expresión «Y con tu Espíritu» es una *respuesta*. Responde a un saludo ministerial que tiene la forma de un deseo: «El Señor esté con vosotros», «La paz esté con vosotros», o la paulina y trinitaria «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros» (cf. 2Cor 13,13). Como afirma la *Instrucción General del Misal Romano*, lo que el sacerdote manifiesta a la asamblea es «la presencia del Señor» (IGMR 50).

En otras palabras, la iniciativa no reside en la comunidad. Ni siquiera está en el ministro ordenado. Ambos responden a su modo a una iniciativa y presencia del Dios trino, quien crea y posibilita el *espacio* del encuentro sa-

<sup>2</sup> San Cirilo de Jerusalén. *Catequesis mistagógica* 5,4, citado en Cesare Giraud. *“In unum corpus”*. *Tratado mistagógico sobre la Eucaristía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2017, 272.

<sup>3</sup> San Basilio. *Sobre el Espíritu Santo*, trad. Argimiro Velasco Delgado (Biblioteca de Patrística 32), Madrid: Ciudad Nueva, 1996.

cramental. Se trata de prepararse y ponerse conjuntamente en presencia de Dios, para actuar y celebrar el célebre dicho de Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Solo el Resucitado puede ofrecer su Paz y su Espíritu: «Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”. [...] Dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Jn 20,19.22).

De la misma manera, los enviados de Cristo deben llevar su Paz al entrar en las casas (cf. Lc 10,5) y así la lleva Pablo a sus comunidades al final de sus cartas: «Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén» (Gál 6,18). Este *Amén* demuestra el trasfondo litúrgico del epistolario: su lectura era un acto comunitario y, para que la palabra pudiera ser eficaz, necesitaba de la expresa aceptación de los oyentes, condensada en aquel *Amén*.

Por lo tanto, el espacio litúrgico arranca desde Dios y, en cierto modo, incluso el saludo ministerial es una *respuesta* a la presencia del Resucitado: es como su «constatación-deseo», como veremos.

## 2.2. El carácter dialogal y sacramental

No es el saludo presidencial que propiamente abre el espacio litúrgico, sino el *diálogo* invitatorio, una oscilación entre ministro y pueblo, carismas y servicios distintos de una misma comunión eclesial, en la cual tanto la pluralidad como la unión son frutos del mismo Espíritu del Señor (cf. 1Cor 12).

Existen antecedentes de aquel intercambio dialogal en la liturgia judía doméstica y sinagoga y en la liturgia veterotestamentaria, siendo la más célebre «¡Levantaos, bendecid a YHWH nuestro Dios! ¡Bendito seas, YHWH Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ¡Y sea bendito el Nombre de tu Gloria que supera toda bendición y alabanza!» (Neh 9,5), que ya los comentarios talmúdicos interpretaron como diálogo invitatorio de saludo presidencial y respuesta comunitaria<sup>4</sup>.

Desde el saludo ministerial hasta la respuesta eclesial, el *arco* dialogal abarca un *espacio* perijorético, mistagógico y dinámico, un ámbito en el cual cada miembro es invitado a entrar y a situarse, a encontrar su propio lugar. *Abrir* el espacio litúrgico es permitir que un lugar profano se convierta en espacio sagrado, es preparar el terreno y situarse conjuntamente. En efecto, es esencial tomar *la palabra* para tomar posesión y posición, expresar verbal y corporalmente su disposición y orientación al Resucitado que se hace pre-

<sup>4</sup> Girauo, 267 n11.

sente (cf. SC 7). Como no deja a nadie sin palabra, este diálogo *confirma* la «sujetualidad de todos en el nosotros eclesial»<sup>5</sup>. La *Instrucción General del Misal Romano* resalta la importancia del espacio dialogal:

«Puesto que la celebración de la Misa, por su propia naturaleza, tiene carácter “comunitario”, tienen una gran fuerza los diálogos entre el sacerdote y los fieles congregados y asimismo las aclamaciones. Ya que no son solamente señales externas de una celebración común, sino que fomentan y realizan la comunión entre el sacerdote y el pueblo» (IGMR 34).

Esos diálogos son palabras eficaces, performativas y sacramentales: no solo *fomentan*, sino que además *realizan* –por lo tanto, tienen carácter *sacramental*– la comunión necesaria para que el resto de la celebración sea *del* Cuerpo y no solo *para el* Cuerpo. La respuesta comunitaria al saludo presidencial concluye y confirma desde el primer instante el aspecto *dialogal* necesario a cualquier celebración litúrgica y eclesial. Quien dice sacramentalidad habla del Espíritu.

### 2.3. El carácter pneumatológico

Aunque tiene la ventaja de expresar la *familiaridad* entre todos los miembros de la asamblea jerárquicamente diferenciada, la expresión coloquial «Y contigo» oculta el sentido teológico, que consiste en la deliberada y por lo menos implícita mención del Espíritu Santo que actúa *también* en el ministro, lo que la comunidad reconoce expresamente: «Y con tu Espíritu».

Ciertamente, según una exégesis histórico-crítica, el término *spiritus* indica el núcleo vital de la persona. No dudamos de esta interpretación, que la traducción inglesa anterior expresaba sin engaño ninguno, ni la descartamos.

Ahora bien, esta acepción no tiene por qué agotar el sentido profundo en el cual *spiritus* implica más que un mero «contigo» sociológico, nombrando más bien la dimensión espiritual, la apertura a la transcendencia, el ser *capax Dei*, en el mismo sentido sinérgico<sup>6</sup> en que se expresa san Pablo: «El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rom 8,16)<sup>7</sup>.

En otras palabras, *además* de reconocer el núcleo vital y la personalidad completa del ministro, aquella respuesta comunitaria –cuya solemnidad no

<sup>5</sup> Pagano, 272.

<sup>6</sup> Véase como se desarrolla el rico concepto de la sinergia en Jean Corbon. *Liturgia fontal*. Madrid: Palabra, 2009.

<sup>7</sup> Compruébense la connivencia entre Espíritu divino y espíritu humano en el breve, pero intenso escrito de Karl Rahner. “Sobre la experiencia de la gracia”, en *Escritos de Teología*, Vol. III. Madrid: Taurus, 1961, 97-100.

tiene por qué menguar su cordialidad— reconoce expresamente «la participación interior de la fuerza vital divina»<sup>8</sup> en él, sin inducir necesariamente a un clericalismo, porque reconocer al Espíritu abre la perspectiva a lo carismático, como veremos.

Podríamos hacer un paralelo con la conocida antropología ternaria de San Ireneo de Lyon (130-202), para quien el ser humano no se explica sin referencia al Espíritu, aunque éste no se reduce a lo humano: «Somos un cuerpo tomado de la tierra y un alma que recibe de Dios el Espíritu»<sup>9</sup> y «el ser humano perfecto consta de carne, alma y Espíritu» (AH III,22,1 y V,9,1). En otras palabras, el ser humano, compuesto de alma y cuerpo, no es *completo* sin el Espíritu que viene de Dios. Ahora bien, lo ternario no excluye lo binario, sino que lo interpreta, como explica Antonio Orbe (1917-2003):

«El hombre, *sustancialmente* compuesto de solo dos partes (cuerpo y alma), está a la vez *histórica y aun físicamente* compuesto de tres: dos sustancias humanas, y una cualitativa (el Espíritu divino) procedente de Dios. [...] La dualidad física (alma y cuerpo) se enriquece notablemente al traducirse (según Gn 1,26 y 2,7) en: *alma semejante* (a Dios por el Espíritu de él recibido) y *cuerpo* plásticamente *configurado* (a imagen del Verbo Imagen de Dios)»<sup>10</sup>.

Aquí, con la respuesta «Y con tu Espíritu», la comunidad no solo manifiesta que ella está «con» el ministro, sino que reconoce al Espíritu obrando en él para la edificación del Cuerpo de Cristo. Es precisamente este sentido pneumatológico el que San Juan Crisóstomo (347-407) subraya en una célebre homilía de Pentecostés, pronunciada cuando todavía era presbítero: «Si no estuviera el Espíritu Santo en este nuestro común maestro y padre, cuando hace poco subía a esta sagrada cátedra y os daba a todos vosotros la paz, no le hubierais respondido todos a una: *Y con tu Espíritu*»<sup>11</sup>.

También Teodoro de Mopsuestia (350-428) descarta una interpretación reductora de la respuesta comunitaria, resaltando la presencia del Espíritu Santo: «No se refieren al alma con esta *Y con tu Espíritu*, sino que es la gracia del Espíritu Santo, por la cual los que le están confiados creen que él accedió al

<sup>8</sup> Pagano, 269.

<sup>9</sup> Es el Espíritu Santo, según Hans-Jochen Jaschke. *Der Heilige Geist im Bekenntnis der Kirche: Eine Studie zur Pneumatologie des Irenäus von Lyon im Ausgang vom altchristlichen Glaubensbekenntnis* (Münsterische Beiträge zur Theologie 40). Münster: Aschendorff, 1976, 298.

<sup>10</sup> Antonio Orbe. *Teología de San Ireneo. Comentario al Libro V del "Adversus Haereses"*, vol. I. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1985, 274 y 283.

<sup>11</sup> San Juan Crisóstomo, *Homilía de sancta Pentecoste* 1,4: PG 50,458-459, citado en Yves Congar. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1983, 205-206.

sacerdocio»<sup>12</sup>. En efecto, «se dirigen a él y a su Espíritu»<sup>13</sup>. Aunque para Cesare Giraud, «este tipo de exégesis acomodaticia» le resulta «poco simpático», admite que «obedece a las exigencias de la parénesis y edifica la vida cristiana»<sup>14</sup>.

Como prueba de que la expresión «Y con tu Espíritu» no se dirige a una dignidad *clerical*, tenemos el hermoso ejemplo del mismísimo Resucitado, quien dice estas mismas palabras a Adán según una antigua homilía pascual recogida en el Oficio de lecturas del Sábado Santo:

«El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama dirigiéndose a todos: “Mi Señor está con todos vosotros”. Y responde Cristo a Adán: “Y con tu espíritu”. Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: “Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo”»<sup>15</sup>.

Aunque la interpretación pneumatológica de «espíritu» no queda del todo descartada –en el contexto del Resucitado (cf. Jn 20,22)–, tal vez esta acepción sea improbable para la exégesis de este texto antiguo y no implique más que el núcleo vital de Adán, su apertura al Espíritu. Por lo menos con ello queda descartada una interpretación *clerical*.

Ahora bien, si redujéramos la presencia y actuación del Espíritu Santo solo al ministro, volveríamos al clericalismo. Por esto es necesario entender también el carácter *carismático, sacerdotal y epiclético* de la respuesta eclesial que estamos estudiando.

#### 2.4. El carácter carismático

La teología medieval prohibió que un laico saludara con el *Dominus vobiscum*, proponiendo otra fórmula de saludo: *Domine exaudi orationem meam* («Escucha YHWH mi oración»: Sal 102,2)<sup>16</sup>. De tal modo, como observa Pagano, se fue consolidando el monopolio jerárquico. Una notable excepción es la que representa San Pedro Damián (1007-1072), quien vehementemente estaba en contra de esta prohibición, subrayando que el Espíritu es dado a todos los bautizados<sup>17</sup>.

Ahora bien, reconocer la obra del Espíritu *en el presidente* implica, según el Crisóstomo en la ya mencionada homilía donde explicita la presencia del

<sup>12</sup> Teodoro de Mopsuestia. *Homilía catequética* I, 36-38, citado en Giraud, 270.

<sup>13</sup> Ibid.

<sup>14</sup> Giraud, 269-270.

<sup>15</sup> PG 43,439-463, citado en Pagano, 271 n78.

<sup>16</sup> Pagano, 270 n76.

<sup>17</sup> Ibid.

Espíritu en el obispo a partir de la respuesta comunitaria «Y con tu Espíritu», contar con su presencia actual *en la comunidad*, que solo es capaz de rezar al Padre y de confesar a Jesús como el *Kyrios* en el Espíritu recibido en el Bautismo:

«Si el Espíritu Santo no perdona los pecados, en vano le recibiremos en el Bautismo. [...] Si el Espíritu Santo no existiera, no podríamos decir que Jesús es nuestro Señor [...]. Si no existiera el Espíritu Santo, los creyentes no podríamos orar a Dios. [...] Por consiguiente, cuando invoquéis al Padre, recordad que fue necesario que el Espíritu tocara primero vuestra alma para que fuerais considerados dignos de llamar a Dios con ese nombre. Si el Espíritu no existiera, los discursos de la sabiduría y de la ciencia no estarían en la Iglesia [...]. Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia pastores ni maestros, porque son obra del Espíritu»<sup>18</sup>.

Así, San Juan Crisóstomo contextualiza esta acción pneumatológica dentro de una teología de *carismas* al servicio de la comunión: reconocer el carisma o don del Espíritu en un miembro ordenado de la Iglesia es reconocer que «hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1Cor 12,4-7).

En otras palabras, la respuesta eclesial no expresa tanto un reconocimiento jerárquico y clerical, como se ha podido entender desde la Edad Media hasta nuestros días, sino un reconocimiento de la presencia activa y carismática del Espíritu Santo en el *espacio* sacramental, como autor tanto de la pluralidad como de la unión en la comunidad.

Ahora bien, la respuesta eclesial no solo es pneumatológica y carismática; también es sacerdotal y epiclética, es decir, con ella la asamblea ejerce su sacerdocio, pidiendo el Espíritu Santo para el ministro.

## 2.5. El carácter sacerdotal

Por ser dialogal y sacramental, el espacio litúrgico tiene que ser abierto *conjuntamente* por todos los miembros de la asamblea, «destinados al culto de la religión cristiana» (LG 11) por el carácter bautismal que, más que una mera *señal* indeleble impresa en el alma es una *potencia* para ser ejercida, como sugirió Santo Tomás (ST III q63 a2). En efecto, la liturgia es «el ejercicio del sacerdocio de Cristo» (SC 7) y el *sacerdocio* recibido en el Bautismo, es decir, la configuración con Cristo sacerdote, es una disposición y habilitación

<sup>18</sup> San Juan Crisóstomo. *Homilia de sancta Pentecoste* 1,4: PG 50,458-459, citado en Congar, 205-206.

para que los fieles den culto a Dios activa y efectivamente y ofrezcan «a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella» (LG 11).

No es suficiente *estar* juntos en un mismo lugar: se trata del activo y performativo *abrir* un espacio para un acontecimiento litúrgico. Decir conjuntamente, a una sola voz, «Y con tu Espíritu», confirma no solo el carisma y el sacerdocio *del ministro*, sino a la vez el propio sacerdocio común *de cada bautizado* y de toda la Iglesia sacerdotal. Es, en otras palabras, verbalizar la participación de ambos sacerdocios en el único sacerdocio del Señor Resucitado (cf. LG 10).

En efecto, cada carisma es un ejercicio del sacerdocio bautismal, que exige que se acepte verbalmente los carismas del sacerdocio ministerial, según expresa el teólogo cubano José Ramón Villalón:

«Si el poder (*potestas*) radical de celebrar la Eucaristía reside en cada cristiano que recibió el Espíritu, la naturaleza misma del carácter bautismal *exige una aceptación de los dones acordados a los otros miembros* [ordenados, ministeriales] de la comunidad para una manifestación total de la "eclesialidad" de la acción. Queda así subrayado el papel del sacerdote en la constitución de este carácter eclesial»<sup>19</sup>.

Además, no solo es esencial que cada uno lo haga por y en sí mismo, interior y espiritualmente, sino que *tome la palabra* y exprese de viva voz su deseo de abrir conjuntamente el espacio dialogal, su vivo deseo de estar realmente *presente* en el espacio abierto, habitado y consagrado por Dios mismo, de ser miembro del Cuerpo de Cristo que se forja en este lugar, de responder con una presencia real al Resucitado que se hace presente (cf. SC 7).

Por lo tanto, «el intercambio dialogal manifiesta la *perijóresis* de los dos sacerdocios, común y ministerial, fundados en el Espíritu de Cristo [...]. En los diferentes momentos de la celebración, la fórmula expresa además el triple carácter, cristológico, pneumatológico y eclesiológico de la asamblea»<sup>20</sup>.

## 2.6. El carácter epiclético

La respuesta comunitaria «Y con tu Espíritu» implica un reconocimiento tanto de la presencia del *Kyrios* en el espacio abierto conjuntamente, respondiendo al saludo ministerial, como del *carisma* del presidente de la celebración, por referirse al Espíritu en él, lo que repercute sobre la comunidad misma. Ahora bien, más que un mero reconocimiento, la respuesta comunitaria es, además, oracional, performativa y, podríamos decir con Yves Congar (1904-

<sup>19</sup> José Ramón Villalón. *Sacrements dans l'Esprit. Existence humaine et théologie existentielle*. Paris: Beauchesne, 1977, 438, citado en Pagano, 272 n83. Traducción retocada; cursivas mías.

<sup>20</sup> Pagano, 272.



mente y ofrezcan «a Dios (LG 11).

Se trata del activo y performativo. Decir conjuntamente el carisma y el sacerdocio común de cada bautizado verbalizar la participación por Resucitado (cf. LG 10). El acto bautismal, que exige el acto ministerial, según ex-

istía reside en cada cristiano. El carácter bautismal exige una comunión total de la "eclesialidad" del sacerdote en la constitución

za por y en sí mismo, in- y exprese de viva voz su vivo deseo de estar real- sagrado por Dios mismo, este lugar, de responder presente (cf. SC 7).

la *perijóresis* de los dos espíritu de Cristo [...]. En expresa además el triple de la asamblea»<sup>20</sup>.

plifica un reconocimiento conjuntamente, respon- presidente de la celebra- sobre la comunidad mis- a respuesta comunitaria : con Yves Congar (1904-

ence humaine et théologie 272 n83. Traducción retoca-

1995), *epiclética*, porque expresa el deseo de que el Espíritu Santo *renueve* el don carismático en el ministro ordenado.

La epiclesis es la invocación del Espíritu Santo por la Iglesia al Padre e indica generalmente la expresa petición de un ministro ordenado, en nombre de la asamblea eclesial, a Dios Padre para que envíe su Don más excelso, el Espíritu de Jesucristo, sobre lo que le ofrece la Iglesia, para que lo transforme en Cuerpo de Cristo (cf. CEC 1105-1109).

En este sentido, San Juan Crisóstomo señala que se exige esta respuesta comunitaria para que el ministro esté «al servicio de la epiclesis», según la lograda expresión de Jean Corbon (1924-2001)<sup>21</sup>:

«Por eso no solamente cuando sube [a la cátedra], ni solo cuando dialoga con vosotros, ni solo cuando ruega por vosotros, le respondéis con esas palabras, sino [también] cuando asiste ante esta sagrada mesa, cuando va a ofrecer el tremendo sacrificio. Ya saben los iniciados lo que quiero decir: no pone su mano sobre la ofrenda si antes no ha pedido para vosotros la gracia del Señor y vosotros le habéis respondido: *Y con tu Espíritu*»<sup>22</sup>.

De modo asombroso, el Crisóstomo relaciona lo que hemos llamado un «trámite» aparentemente banal con el *centro* de la celebración eucarística. Se reitera el diálogo invitatorio al inicio de la plegaria eucarística para volver a abrir el espacio mistagógico creado por el Dios trino. Solo «a partir de la última respuesta de la asamblea brota ese gran discurso oracional que pertenece tanto al presidente como a la asamblea. En efecto, el presidente es la voz de la asamblea»<sup>23</sup>. Sin esta respuesta, es más fácil caer en una concepción clerical y mágica –es decir, reducida– del misterio, como recuerda el Crisóstomo:

«Con esta respuesta vosotros traéis a vuestra memoria que aquel que está [visiblemente] presente no hace nada, que los dones presentados no son el resultado de la naturaleza humana, sino que es la gracia del Espíritu la que con su presencia todo lo penetra, la que lleva a cabo el místico sacrificio. Por supuesto, un hombre está presente, pero Dios es quien actúa por medio de él. Por consiguiente, no os agarréis a lo que ven vuestros ojos, sino pensad en la gracia invisible. Ninguna de las cosas que se realizan en el santuario vienen del ser humano. Si el Espíritu no estuviera presente, la Iglesia no formaría un todo bien compacto: la consistencia de la Iglesia manifiesta la presencia del Espíritu»<sup>24</sup>.

<sup>21</sup> Corbon, 25.

<sup>22</sup> San Juan Crisóstomo. *Homilia de sancta Pentecoste* 1,4: PG 50,458-459, citado en Congar, 205-206.

<sup>23</sup> Giraud, 275.

<sup>24</sup> San Juan Crisóstomo. *Homilia de sancta Pentecoste* 1,4: PG 50,458-459, citado en Congar, 205-206.

En palabras de Pagano, «mediante la respuesta del pueblo, se reconoce el carisma del Espíritu en el presidente, sin el cual carisma no sería posible la presencia del Pastor y Maestro, ni sería dada la paz de Cristo a todos, ni sería eficaz súplica alguna para realizar el “tremendo sacrificio”»<sup>25</sup>.

En otras palabras, «Y con tu Espíritu» delimita el *marco* o *espacio* de acción del ministro ordenado, haciendo explícita la presencia del Espíritu Santo en él más de lo que haría una traducción de tipo antropológico «Y contigo»: el ministro «también depende de la oración epiclética de toda la Iglesia. La realidad y la teología del ministerio deben situarse en este marco eclesiológico»<sup>26</sup>.

Teodoro de Mopsuestia entiende esta respuesta incluso como la *bendición* del pueblo para que el ministro pueda servirle:

«Con la palabra “paz” bendice a los que están en torno, y a cambio recibe de ellos la bendición, por el hecho de que se dirigen a él y a su Espíritu. [...] Cuando marcha bien lo que se refiere al sacerdote, eso es una ventaja para el cuerpo de la Iglesia; pero cuando lo que se refiere al sacerdote padece, eso es un daño para la comunidad. Entonces oran todos para que, mediante la “paz”, él tenga la gracia del Espíritu Santo. Así se preocupará de lo que es necesario y cumplirá como conviene la liturgia para la comunidad»<sup>27</sup>.

Congar subraya que «se trata de asegurar la presencia del Espíritu para realizar el acto litúrgico: el Señor esté contigo, ya que tienes el carisma del Espíritu para realizar esto. [...] Pero nada es automático; toda operación espiritual requiere una *epiclesis*»<sup>28</sup>.

En definitiva, se trata de que cada miembro de la asamblea tome conciencia de «cómo el Espíritu crea el espacio o marco de la celebración por el intercambio que se opera de un deseo y de un testimonio de su presencia. [...] Es un signo de la reciprocidad que pone verdaderamente de manifiesto la realidad de las relaciones entre la comunidad cristiana y el ministro que la preside y de la que es el pastor»<sup>29</sup>.

El teólogo dominico subraya que una característica de la acción del Espíritu Santo es la «estructura de reciprocidad», presente incluso en el rito de la ordenación, proceso «que comienza antes de esta celebración», incluyendo la intervención de la comunidad que los obispos asumen como «ministros del Espíritu en el seno de la *epiclesis* de la asamblea entera»<sup>30</sup>.

<sup>25</sup> Pagano, 270.

<sup>26</sup> Ibid., 271.

<sup>27</sup> Teodoro de Mopsuestia. *Homilía catequética* I, 36-38, citado en Giraudo, 270. El significado del saludo como bendición queda reforzado por la señal de la cruz que traza el celebrante bizantino sobre la asamblea desde la puerta real del iconostasio. Giraudo, 270 n16.

<sup>28</sup> Congar, 66.

<sup>29</sup> Ibid., 136. *Cursivas mías*.

<sup>30</sup> Ibid., 136-137.

el pueblo, se reconoce el carisma no sería posible la presencia de Cristo a todos, ni sería el sacerdocio»<sup>25</sup>.

«El *arco* o *espacio* de acción sacramental del Espíritu Santo en el espacio litúrgico «Y contigo»: el espacio de toda la Iglesia. La realidad y el marco eclesiológico»<sup>26</sup>. Incluso como la *bendición*

«En torno, y a cambio recibe de Dios en a él y a su Espíritu. [...] Este, eso es una ventaja para el sacerdote que padece, y todos para que, mediante la oración se preocupará de lo que es para la comunidad»<sup>27</sup>.

«La presencia del Espíritu para el sacerdote que tienes el carisma del sacerdocio; toda operación espi-

«La presencia de la asamblea tome conciencia de la *celebración* por el testimonio de su presencia. El sacerdocio es manifiestamente de la presencia de la Iglesia y el ministro que la

«La presencia de la acción del Espíritu Santo incluso en el rito de la *celebración*», incluyendo al sacerdote como «ministros del sacerdocio»<sup>30</sup>.

«Citado en Giraud, 270. El significado de la cruz que traza el celestio. Giraud, 270 n16.

Con la respuesta eclesial «Y con tu Espíritu» bien entendida quedan excluidas interpretaciones tan dispares y reductoras del ministerio ordenado como el automatismo mágico y la mera delegación sociológica, porque es la asamblea quien *sitúa* la palabra ministerial –y con ella *todas* las palabras ministeriales– en el seno de una epiclesis, como si dijera: éste es el ámbito de tu acción; mejor dicho, de la acción del Espíritu Santo en ti por nosotros.

## 2.7. El carácter comunitario y participativo

La respuesta eclesial «Y con tu Espíritu» conlleva una eclesiología de comunión, que salta a la vista cuando falta. Confirma y *realiza* la comunión (cf. IGMR 34) entre los miembros de la asamblea y con el que preside, aceptando su ministerio sacramental. Si no respondiera la comunidad, el presidente se vería atrapado en un clericalismo paradójicamente impuesto por la comunidad, que le mantendría encerrado en su función presidencial, prefiriendo la pasividad del segundo plano, sin que ella participara real y activamente (cf. SC 14). La *Instrucción General del Misal Romano* insiste sobre este punto:

«Las aclamaciones y respuestas de los fieles a los saludos del sacerdote y a sus oraciones constituyen precisamente aquel grado de participación activa que, en cualquier forma de Misa, se exige de los fieles reunidos para que quede así expresada y fomentada la acción de toda la comunidad» (IGMR 35).

En efecto, tal como el Movimiento litúrgico redescubrió ya hace más de cien años y nunca se cansó de subrayar, la liturgia es cuestión de todos; el sujeto litúrgico es la *Ecclesia orans*, la Iglesia-asamblea celebrante, un sujeto comunitario donde todos tienen voz y nadie debería quedarse *infans*, sin voz. Y esto ya se afirma desde el primer diálogo entre el presidente y el pueblo, diálogo sin el cual el espacio litúrgico no se abre adecuadamente, poniendo a cada miembro en su sitio.

Para fomentar la participación de todos los miembros, es tarea del presidente dirigir en nombre de Dios el deseo-saludo *Dominus vobiscum* o su variante *Pax vobis* con ternura paternal y amor vehemente, en la valiente espera de ser respondido con igual generosidad, aun cuando pueda faltar, como admite San Juan Crisóstomo:

«Cuando yo os digo: “La paz sea con vosotros”, y vosotros respondéis “Y con tu Espíritu”, no lo respondáis solo con la palabra, sino también con el alma; no solo con la boca, sino también con el corazón. Ahora bien, si aquí me dices “La paz sea con tu Espíritu” y luego me haces la guerra, escupiéndome y maldiciéndome y echándome a tus solas una rociada de improperios, ¿qué linaje de paz es esa? Yo, por mi parte, aunque tú mil veces me maldigas, te seguiré dando la paz con limpio corazón y sincera

intención y nada malo puedo decir contra ti, porque tengo entrañas de padre [...]. Yo no sacudiré por ello el polvo de mis pies; no porque no quiera obedecer el mandato del Señor, sino porque es muy vehemente el amor que os tengo»<sup>31</sup>.

Para que el sentido de la respuesta no se reduzca a un mero «Y contigo», es esencial que el saludo sea deseo *salvífico* en nombre del Resucitado. Por lo tanto, a mi modo de ver, tiene mucho sentido abrir el espacio litúrgico con toda la *amplitud* de la perijóresis trinitaria (cf. 2Cor 13,13), posibilidad ofrecida por el Misal Romano y que encontramos incluso como apertura de la plegaria eucarística en las anáforas del Crisóstomo, de Basilio y de Santiago y en la mozárabe-hispana<sup>32</sup>.

## 2.8. El carácter eclesiológico y mistagógico

Con el diálogo invitatorio, dibujando un «arco» (Giraud) desde la manifestación de la presencia del Señor por parte del ministro hasta el reconocimiento de la acción del Espíritu en la respuesta del pueblo, «queda de manifiesto el *misterio* de la Iglesia congregada» (IGMR 50).

En otras palabras, esta toma de palabra inicial y diferenciada es en sí misma *mistagógica*, introduciendo conjuntamente a todos los miembros en el misterio del Cuerpo de Cristo eclesial. Somos más que un grupo sociológico, una conglomeración o yuxtaposición de creyentes de todo tipo. Entramos en un espacio sacramental para formar parte de un proceso de *transformación* en el Cuerpo de Cristo, y esto no es automático, sino carismático: se efectúa la transformación en el Espíritu. Por eso es bueno mencionar al Espíritu en la respuesta del pueblo, porque el arco va del *Kyrios* resucitado hasta el *Pneuma*, don por antonomasia del Resucitado (cf. Jn 20,22).

Acertadamente, Pagano habla del diálogo invitatorio como de una «fundamental eclesiológica de comunión *in nuce*» y de una «micro-experiencia de recepción eclesial»<sup>33</sup>. En efecto, los sujetos activos y responsables del espacio litúrgico se *reciben* mutuamente, reconociendo que el espacio que pisan es espacio sagrado, ya habitado por el Dios trino, que ahora se abre para acogerles a ellos, como en el célebre icono de la Trinidad de Rublev.

Solo cuando ambos «partidos» se reciben, solo cuando el *arco* del saludo ministerial se cierra con la respuesta comunitaria, queda abierto el espacio sacramental para la celebración litúrgica. Podríamos decir con terminología aristotélica que por el breve diálogo queda «activado» lo que el espacio

<sup>31</sup> San Juan Crisóstomo. *Homilia* 32,6, citado en Pagano, 269.

<sup>32</sup> Giraud, 268, 281, 313, 320.

<sup>33</sup> Pagano, 272.

litúrgico tiene «en potencia»: *se actúa* en la celebración eucarística, acto por antonomasia que constituye (autorrealiza, diría Karl Rahner<sup>34</sup>) la Iglesia (cf. LG 11).

En este sentido, Máximo el Confesor (580-662) aplicó la definición cristológica de Calcedonia a la relación entre nave y santuario en una iglesia: mientras que «el santuario es *una nave en acto (energeia)*», «la nave es *un santuario en potencia (dynamis)* porque es consagrada por su relación con el término de la mistagogia»<sup>35</sup>. Esto significa que el lugar de los fieles se «activa» en santuario, en espacio mistagógico, gracias a la sinergia entre el Espíritu y la Esposa durante la acción litúrgica.

## 2.9. El carácter trinitario y perijorético: Palabra y Espíritu

Pagano observa que la interpretación pneumatológica del *Et cum spiritu tuo* «sitúa la expresión dialógica en el punto exacto donde se cruzan el *mensaje neotestamentario central*, o sea de que el Cristo ha resucitado y está en medio de la asamblea como *Kyrios-Pneuma*, y la *experiencia cultural* que testifica esta presencia»<sup>36</sup>.

En otras palabras, el diálogo invitatorio traza una línea directa entre la Palabra de Dios escrita (el *kerygma* central del *Kyrios*) y la Palabra proclamada y celebrada en comunidad (la *leitourgia* en el Espíritu). Es más, «entre los sujetos del intercambio corre un mensaje cuyo contenido son las personas mismas del *Kyrios (Dominus)* y del *Pneuma (Spiritus)*, reconocidos como Presencia portadora de la gracia de la resurrección y como Potencia distribuidora de los servicios en la convivencia eclesial»<sup>37</sup>.

En efecto, la Palabra y el Espíritu se pertenecen y se necesitan como las dos Manos del Padre según la célebre imagen de san Ireneo (AH IV,7,4; V,28,4). La palabra performativa *dabar* y el soplo fogoso *ruah* actúan juntos desde el Primer Testamento: «Por la Palabra de YHWH fueron hechos los cielos, y por el aliento de su boca todos sus ejércitos» (Sal 33,6). En la liturgia, juntos abrimos un espacio para su interacción y perijóresis<sup>38</sup>.

<sup>34</sup> Véase Karl Rahner. *La Iglesia y los sacramentos*. Barcelona: Herder, 1967.

<sup>35</sup> Maxime le Confesseur. *La Mystagogie*, trad. Marie-Lucie Charpin-Ploix. Paris: Migne, 2005, 87: PG 91,669A. Véase mi discusión en *Spiritus loci. A Theological Method for Contemporary Architecture*. Leiden-Boston: Brill, 2015, 28-33 y «Umbrales entre cielo y tierra. Espacios litúrgicos contemporáneos», en María del Mar Graña Cid, ed. *El cielo: historia y espiritualidad*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2018, 419-442.

<sup>36</sup> Pagano, 270. Cursivas mías.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 272.

<sup>38</sup> Véase el díptico formado por Marta García Fernández. «Sacramentalidad de la palabra. Una parábola de la relación» y mi propio «La palabra del sacramento. Suprema realización de la fe». *Estudios eclesiológicos* 91 (2016): 503-539, 541-579.

Igual que la Palabra como letra escrita necesita el fuego del Espíritu para llegar al corazón y cobrar vida concreta, así los encontramos emparejados en la Sagrada Escritura y en la vida de la Iglesia: «La Palabra de Dios vehicula y transmite el Espíritu Santo, pero inversamente la Palabra es vehiculada y transmitida por el Espíritu que la hace viva, y hace al hombre capaz de acogerla y lo despierta para que le escuche y le obedezca»<sup>39</sup>.

El mismo Señor, es decir, la misma Palabra encarnada, reconoce y proclama: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres» (Lc 4,18). Como afirma José Ramón Busto, «esta unción del Espíritu no suplanta, sino que asume la naturaleza humana de Jesús»<sup>40</sup>. De la misma manera, cuando el Espíritu revela al Verbo, la Palabra «hace de nuestra humanidad la Novia del Cordero. Cuanto más escuchemos y acojamos al Verbo hecho carne nuestra, tanto más llegaremos a ser su Cuerpo: “hoy” en nosotros “se cumple” Aquel a quien escuchamos (cf. Lc 4,21)»<sup>41</sup>.

La diferencia entre las dos Manos es que la Palabra *se encarna* y el Espíritu *encarna*: el Espíritu «es la fuerza de la Encarnación, de la presencia, de la verdad, de la escucha. Sin él, la Palabra permanece ineficaz, inoperante, exterior, sin consistencia y sin evidencia interna, anticuada. La evidencia del Espíritu es tan real como la de la Palabra, pero en otro orden. Prepara el corazón del hombre para la escucha, lo hace capaz y deseoso de acoger la Palabra, la fecunda y la hace fructificar»<sup>42</sup>. En efecto, «Dios no se agota en su Palabra aunque se entregue entero en ella»<sup>43</sup>.

La Palabra necesita el fuego del Espíritu para llegar al corazón del hombre: «El aliento (el soplo) es también el fuego del que habla Jeremías: “había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos” (20,9), abrazo del corazón alcanzado por la Palabra divina»<sup>44</sup>. En efecto, «la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo» (Misal Romano, *Ordenación de las lecturas de la Misa*, 4).

En la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010), el papa Benedicto XVI subrayó la misión del Espíritu Santo en relación con la Palabra

<sup>39</sup> Boris Bobrinskoy. *El misterio de la Trinidad. Curso de teología ortodoxa*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2008, 36.

<sup>40</sup> José Ramón Busto. “El Espíritu en la tradición bíblica”. *Sal Terrae* 108 (2020): 391-401, 397. Sobre la unción, véase Luis Ladaria. *Jesús y el Espíritu. La unción*. Burgos: Monte Carmelo, 2013.

<sup>41</sup> Corbon, 150.

<sup>42</sup> Bobrinskoy, 36-37.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 37.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 35.

divina, porque «no se comprende auténticamente la revelación cristiana sin tener en cuenta la acción del Paráclito» (VD 15). La autocomunicación de Dios «implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo» (VD 15). Jesús habla, actúa y exulta en el Espíritu (cf. Lc 10,21) y se entrega en el Espíritu (cf. Hb 9,14). «La Palabra de Dios, pues, se expresa con palabras humanas gracias a la obra del Espíritu Santo» y «sin la acción eficaz del “Espíritu de la Verdad” (Jn 14,16) no se pueden comprender las palabras del Señor» (VD 15-16).

Aplicado a nuestro tema, el «arco» abierto por la mención del Señor –Palabra encarnada–, en el saludo ministerial, necesita que se explicita al «otro Paráclito» (Jn 14,16) en la respuesta eclesial para poder recordar, entender e interiorizar esta misma Palabra: «Puesto que la Palabra de Dios llega a nosotros en el cuerpo de Cristo [...], solo puede ser acogida y comprendida verdaderamente gracias al mismo Espíritu» (VD 16). En este contexto, el papa Benedicto XVI recuerda antiguas oraciones en forma de epiclesis que invocan al Espíritu antes de la proclamación de las lecturas: «Envía tu Espíritu Santo Paráclito sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna, para que los fieles aquí reunidos saquen provecho» (citado en VD 16).

Esta íntima relación entre Palabra y Espíritu no se juega solamente en la Liturgia de la Palabra y en la Liturgia eucarística en su binomio anamnético-epiclético, sino que ya viene a la luz *in nuce*, actuado comunitariamente, en el diálogo invitatorio, que como apertura anamnética-epiclética del espacio sacramental y «micro-experiencia de recepción eclesial» (Pagano) se reitera a lo largo de la celebración eucarística.

## 2.10. El carácter dinámico y escatológico

El *espacio epiclético* abierto por el diálogo invitatorio es en realidad un espacio *escatológico*<sup>45</sup>. Con la epiclesis, «el Espíritu santifica a los hombres y las cosas abriéndolas a la escatología, atrayéndolos hacia ella; los santifica y los transforma estrechando su relación con la plenitud final»<sup>46</sup>.

Este aspecto sale a la luz en el tiempo usado para el verbo «estar»: si es cierto que el saludo ministerial expresa más el *deseo* y la respuesta eclesial el *testimonio*, no debemos excluir que ambas expresiones se necesiten y se reflejen como en un espejo. En efecto, ambas incluyen un aspecto de deseo (*esté*) y otro de testimonio (*está*), riqueza teológica que pone precisamente de relieve

<sup>45</sup> Véanse las esclarecedoras reflexiones sobre espacio, liturgia y escatología en Jean-Yves Lacoste. *Experiencia y absoluto*. Salamanca: Sígueme, 2010, 15-37.

<sup>46</sup> François-Xavier Durrwell. *La eucaristía, sacramento pascual*. Salamanca: Sígueme, 1982, 88.

la tensión escatológica inherente a toda celebración litúrgico-sacramental «en los últimos tiempos»<sup>47</sup>.

En otras palabras, tanto el *saludo* presidencial como la *respuesta* eclesial son una «constatación-deseo» que debemos entender en clave escatológica, en tensión desde el confiado «ya sí» (*está*) hacia el esperanzado “todavía no” (*esté*), sin reducirla sin más a un ablandado indicativo: «Su valor oscila entre el amplio arco que va de la constatación al deseo»<sup>48</sup>, como «afectuoso intercambio de una constatación anhelante que se hace oración»<sup>49</sup>.

El diácono Floro de Lyon (800-860) lo expresó de este modo: «La Iglesia, después de haber escuchado ese saludo tan provechoso de parte del sacerdote, también ella, devolviendo el saludo, reza, y rezando devuelve el saludo al sacerdote diciendo: *Et cum spiritu tuo*. En efecto, la Iglesia no encuentra nada mejor que desearle al sacerdote»<sup>50</sup> lo que él desea para ella, que el Señor esté con él.

En realidad, en estos «últimos tiempos» que originaron con la Pascua y se prolongan hasta la consumación del Reino de Dios, toda actividad eclesial debe ser realmente una *sinergia* entre el Espíritu y la Esposa del Cordero –el *Kyrios* mencionado en el saludo ministerial–, bien expresada en la expresión final de la Biblia: «El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!”» (Ap 22,17; cf. CEC 1108).

Las dos posibles acepciones de la expresión litúrgica *Maranathâ* dibujan un *arco* hermenéutico y abren un *espacio* mistagógico y dinámico desde la certeza de una fe anclada en un *indicativo* –el Señor viene– hacia la espera de la Parusía con un *imperativo*: Ven, Señor.

### 3. CONCLUSIÓN. EL ESPACIO ABIERTO

La mayoría de las veces en nuestras celebraciones litúrgicas, la respuesta eclesial «Y con tu Espíritu» queda desapercibida y relegada a un mero «trámite», pero, como tantas veces con la *lex orandi, lex credendi*, paradójicamente conlleva una profunda teología que es, además, comunitariamente *actuada*. Revisarla desde la liturgia y desde la tradición patristica ayuda a desplegar su rico trasfondo teológico.

En esta palabra performativa, comunitaria y dialogal están en juego nuestras imágenes tanto de Dios (teología) como de la Iglesia (eclesiología). Con todo, se trata de redescubrir el potencial y la fuerza (*dynamis*) sacramental,

<sup>47</sup> Piénsense en la famosa polémica en los años 1960 entre Jungmann (*esté*) y Bernhard (*está*) que se resolvió a favor del primero. Véase Pagano, 269 n73.

<sup>48</sup> Giraudo, 271 n18.

<sup>49</sup> Ibid., 271.

<sup>50</sup> Floro de Lyon. *De expositione missae* 12-13: PL 119,26CD, citado en Giraudo, 271.



ión litúrgico-sacramental «en

ial como la *respuesta* eclesial tender en clave escatológica, el esperanzado “todavía no” ativo: «Su valor oscila entre el <sup>18</sup>, como «afectuoso intercambio»<sup>49</sup>.

osó de este modo: «La Iglesia, ovechoso de parte del sacer y rezando devuelve el saludo efecto, la Iglesia no encuentra l desea para ella, que el Señor

originaron con la Pascua y se os), toda actividad eclesial debe Esposa del Cordero –el *Kyrios* esada en la expresión final de Ap 22,17; cf. CEC 1108).

litúrgica *Maranathâ* dibujan agógico y dinámico desde la Señor viene– hacia la espera

ciones litúrgicas, la respuesta y relegada a un mero «trámi- *ex credendi*, paradójicamente , comunitariamente *actuada*. patrística ayuda a desplegar su

dialogal están en juego nues- e la Iglesia (eclesiología). Con ieza (*dynamis*) sacramental,

60 entre Jungmann (*esté*) y Bern- agano, 269 n73.

119,26CD, citado en Giraudó, 271.

oracional y mistagógica de una palabra eclesial que, como ejercicio conjunto del sacerdocio bautismal y como respuesta comunitaria a la Palabra de Dios, es necesaria, no para crear, sino para *abrir* el espacio sagrado, el espacio de la celebración del Misterio de Dios-con-nosotros. En efecto, nosotros no lo creamos: ya está creado y habitado por la Trinidad; solo nos compete abrirlo o «activarlo» adecuada, es decir, litúrgicamente en comunidad.

En definitiva, el *arco* dialogal que va desde el saludo ministerial (la «constatación-deseo» de la presencia del *Kyrios* resucitado) hasta la respuesta eclesial (la aceptación epiclética que reconoce la presencia del Espíritu) define el *marco* o espacio intermedio como dialogal y epiclético, como un intercambio entre personas, como un espacio dinámico y habitado por el Dios trino. En lugar de separar al ministro de la asamblea, aquella palabra eclesial lo incluye. A la vez *distingue* los servicios dentro del Cuerpo eclesial y resalta la *comunión* orgánica y diferenciada, por ministerial (servicial) y carismática, del mismo.

En la respuesta comunitaria *Et cum spiritu tuo* se hace una mención (implícita o explícita) del Espíritu Santo sin excluir el espíritu humano. Ha sido mi intención desvelar la riqueza inherente a esta interpretación pneumatológica basada en autores patrísticos (Crisóstomo, Teodoro) y contemporáneos (Congar, Giraudó, Pagano). Sigue siendo propicio explicitar la presencia del Espíritu Santo ya desde el principio de la celebración: como afirmó San Basilio Magno, Él «es el espacio (*chôra*) propio de la verdadera adoración», y hablar de Él en términos espaciales para nada empequeñece su grandeza y majestad; al contrario, «más bien lo glorifica»<sup>51</sup>.

Resulta esclarecedor la única mención del Espíritu Santo en los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola: «Entre Cristo nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para salud de nuestras ánimas» [*Ej* 365]<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> San Basilio, XXVI, 62.

<sup>52</sup> Véase mi “‘Unción del Espíritu Santo’ [Co 414]. Pneumatología ignaciana en el cruce de voluntades”, en Gabino Urribarri Bilbao, ed. *Dogmática ignaciana. “Buscar y hallar la voluntad divina”* [*Ej* 1], Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 205-240. Mi gratitud es debida a Pablo Carbajosa Pérez por su valiosa revisión del castellano.